



Náufragos
cuentos y otros pecios

Miguel Aguilar Aguilar



Dieciocho textos en los que el autor nos muestra unos personajes perdidos, acabados y a la deriva en lo cotidiano. Una mujer en manos de un sádico, un hombre que juega a ser el malo en una ciudad desconocida, unos jóvenes sin rumbo ni meta, una carta olvidada que cambia vidas, un culo que indica por dónde se debe ir.

Dieciocho textos que juegan con las palabras y la literatura creando sensaciones encontradas en un lector cómplice.

Para mis padres, para Loli,
sin ellos nada sería posible.

Amphitryon

En 2046, la empresa Abyss Creations logró el primer androide autónomo de apariencia totalmente humana. El desarrollo de la inteligencia artificial, junto con la nanoelectrónica, hizo de ellos los acompañantes sexuales perfectos. Fueron llamados *RealDoll*, a *RealLife*. Poco tiempo después, el ingeniero jefe Dr. Lazlo, se encargó del proyecto Amphitryon.

Por la mañana el cielo es azul cobalto, huele a algodón de azúcar y hay una brisa de alas de mariposas. Me maquillo sin prisas, me apetece salir a pasear, a disfrutar del mundo que me regalan. Me visto con el pantalón verde-mar que me compró Viktor, arriba sólo el top azul que tanto le gusta. Salgo a la calle y ando sin rumbo, agradeciendo el sol en la piel, me paro en los puestos de fruta para olerlas, giro en cada esquina, saludo a todos los perros que encuentro, sonrío en los escaparates a la mujer que se refleja. Cuando llego a la avenida arbolada y llena de cafés y tiendas de joyerías, me dan ganas de volar, si pudiera me elevaría sobre el tráfico y llegaría hasta la torre para revolotear con un pañuelo al cuello. En el suelo una paloma picotea desconcertada el alquitrán. Cruzo por el paso de cebra e improviso unos pasos de baile. Estoy feliz. El golpe supongo que es el coche que me atropella, pero también puede ser una descarga eléctrica.

—Viktor, anoche tuve otra vez ese extraño sueño.

—Sabes que eso es imposible.

El hombre sorbe una taza de café caliente y la mira de soslayo. Ella permanece en el vano de la puerta, simula un gesto pensativo y continúa.

—No es lógico, pero es la única manera en que puedo definirlo —le mira a los ojos y ladea la cabeza—. Mientras permanecía en hibernación me asaltaron una serie de imágenes y sensaciones caóticas en el tiempo, a modo de recuerdos sin control.

Viktor deja la taza en el fregadero y se ajusta la corbata. Se le acerca y la coge del hombro.

—Ella, en Abyss sabemos que es imposible que sueñes, no estás programada. Me pidieron que te llevara a las oficinas, piensan que puede ser una anomalía. Ya sabes lo que eso significa.

—Sí.

—No me gustaría perderte, aunque me dieran otro modelo igual, ya nos hemos acostumbrados el uno al otro, ¿no?

—Sí.

—Olvidalo entonces, ¿vale? —Viktor coge un maletín y se va de la casa sin decir nada más. Ella se asoma por la ventana, le ve alejarse y desaparecer por la boca del metro. Cuando se sabe sola, comienza el programa de ahorro de energía. Se va a su habitáculo y conecta los sensores de alarma. Cierra los ojos y pasa al modo hibernación. En el último momento, deseó volver a soñar.

Los médicos revolotean a mi alrededor como cuervos blancos. Estoy tumbada. En sus manos llevan alicates, cables y tarjetas. No son médicos, son ingenieros. Extraños ingenieros silenciosos como extraños cuervos blancos.

Quiero hablar pero no puedo, mis músculos no responden, es como si no tuviera. Veo el anagrama que lleva uno en la bata: un círculo rojo con las iniciales RD en el interior. No me dice nada, será la clínica a la que me han llevado. El del anagrama se acerca mucho a mi cara, le huele el aliento a sarcófago, aléjate. Se afana en conectar cables y sensores a mi cabeza. Intento mover mis brazos, pero debo estar atada; pataleo sin resultado, como si no tuviera músculos. Siento un fuego en el estómago, un fuego frío, como si una bola de algodón empapada en alcohol prendiera de improviso. Debe ser miedo. Quiero gritar, pero los pulmones atrofiados no responden.

Se abre una puerta y entra otra camilla: traen a otra mujer desnuda sobre la blancura informe de una sábana. La colocan a mi lado, intuyo que le están conectando la misma maraña de cables que a mí. Me giran la cabeza y puedo ver su rostro. No tiene ni una brizna de pelo y tiene ojos de carbón y tiza, dibujados sobre una piel perfecta y limpia. Ojos muertos, sin brillo ni ilusiones. Su nariz, su boca, me recuerdan el reflejo satírico de un espejo de feria.

Zumbidos, vibraciones, luz, murmullos, agitación: pasan cosas a nuestro alrededor. Me quedo sin aire, ingrávida, sin miedo, indiferente.

Me viene a la cabeza un pensamiento extraño, lo digo en voz alta: el hombre se sorprende, cuando pasa por delante de un espejo, de poseer un rostro y de que ese rostro sea precisamente el suyo. Hay revuelo a mi alrededor. Les ha sorprendido que hable, a mí también me ha sorprendido. Oigo a Viktor:

—Traspaso de gnosis completa, reinicia el Amphitryon o entrará en shock.

—Buenas tardes, Viktor.

—Hola, Ella.

—¿Qué tal la jornada de trabajo? —Viktor refunfuña como respuesta, tira el maletín en una silla y se quita la chaqueta. Ella le ayuda a desvestirse, al quitarle la camisa le acaricia el pecho suavemente.

—Ahora no, querida. Quizás más tarde, ya te avisaré. Por el momento quiero charlar mientras ceno.

Ella se lleva las prendas al dormitorio. Cuando vuelve él está en ropa interior, sentado frente al monitor de noticias, lo mira sin audio, delante tiene unos paquetes de comida china. Picotea maquinalmente de ellos.

—He vuelto a soñar.

Viktor le mira por un momento, vuelve a comer.

—No empieces otra vez, Ella. Es imposible que tu cerebro sueñe.

—Ya lo sé, Viktor, he repasado el archivo de instrucciones y mantenimiento y sé que es imposible. Sin embargo he vuelto a soñar, no sé definirlo de otro modo, deja que lo llame así: soñar. Esta vez creo que tenía lugar en el taller de Abyss Creations mientras me ensamblaban.

Viktor suelta el tenedor y la mira desconcertado. Unas gotas de sudor responden a su turbación.

—¿No podría ser un recuerdo remanente? Al terminar la carga de personalidad se formatea la memoria para que nadie tenga acceso al proceso de montaje. Eso lo sabes bien.

—Lo había pensado, Viktor. Lo extraño es que justo antes de que me instalaran en el cuerpo, yo estaba en otro.

—¿Otro RealDoll?

—No, otro cuerpo... humano.

Viktor golpeó la mesa con las dos manos, se puso de pie y fue dirección al baño. Ella apenas se inmutó con el golpe, sin embargo se calló y tomó una actitud sumisa.

—Si sigues diciendo tonterías te llevo para que te formateen, no me tientes. Voy a ducharme, recoge la mesa y espérame en la cama. ¡Y no quiero volver a oír nada sobre este tema de nuevo!

Yo soy yo. Mis huesos son de acero inoxidable, mis músculos son bombas hidráulicas, mi carne y mi piel de látex y silicona, mi cerebro un potente nano procesador. Mis pensamientos son ceros y unos. Después del sexo me lavo para evitar malos olores, pero no siento el agua. Me enjabono la vagina con un gel que no sé a qué huele, me froto con el cepillo cilíndrico y no sé si es suave o duro. Pero puedo discernir la música del ruido, y un cuadro del verdadero arte. Eso no son ceros y unos, eso soy yo.

Vivo con Viktor y noto cierto cariño, pero ya no hay amor. Recuerdo cuando sus besos conseguían despertar las mariposas de mi estómago, en la época en que tenía. Cuando nuestros sentidos se mareaban de tanto amor.

Estoy prisionera en este cuerpo inmortal.

Quizás siga soñando, quizás sólo sea un error en la bios, que este yo no exista y sólo sea un virus informático.

Viktor duerme inquieto. Parece que sabe algo que no quiere decirme. Y una duda, como una marea de magma solidificándose, va consiguiendo que me separe de él.

¿Por qué me hiciste esto?

Aquel verano

Aquel verano, a pesar de la ola de calor, las hormigas se afanaban incansables. Le tirábamos miguitas de pan por la mesa y nos pasábamos un par de horas mirándolas embozados mientras hacíamos la digestión. Había una que se escaqueaba y se sentaba en el filo de la mesa balanceando las patas. Esa era nuestra preferida. No siempre lo hacía, era como si a veces simplemente le apeteciera sentarse a mirar el mar en vez de dar carreras. De vez en cuando una trabajadora, con su trozo de corteza a cuestas y una gota de sudor brillante insinuada en la antena, se le acercaba y se agitaba a su lado. Nos imaginábamos cómo le gritaba que volviera a la fila, o cómo le avisaba que tuviera cuidado porque se acercaba el capataz, o le preguntaba irónica si había visto ya la ballena, o algo por el estilo. Pero ella, la indolente, giraba la cabeza con lo que debía ser una caída de antenas soñadora, dejaba que el torso se inflara un poco antes de suspirar y volvía a mirar al mar.

Joselito y yo nos mirábamos y sonreíamos. No queríamos hablar, como si presenciáramos algún encantamiento y fuera a romperse si decíamos algo. Igual que el día en el que, medio dormidos después de comer, vimos una ballena resoplar frente a la costa, dejando una nube de pequeñas luces flotando bajo el sol. Luego, camino a la playa, comentábamos lo que habíamos visto y lo que se debían decir las hormigas. Intentábamos poner en sonidos audibles su lenguaje. Joselito decía que tenía que ser como un zumbido metálico, algo así como el rumor constante y férreo del ordenador. Yo argumentaba que su lenguaje era más bien co-

mo un silbar de flautas, como en los ensayos del colegio antes de navidad en los que cada uno decía su frase pero sólo se oía un alboroto informe. En eso no nos poníamos de acuerdo. Sin embargo en todo lo demás pensábamos igual. Magines mono neuronales, nos llamaba el tío Miguel, y sin saber qué significaba nos reíamos y nos mirábamos cómplices. Los demás se burlaban de nosotros si nos oían hablar de la hormiga contemplativa, de la ballena que escupía luciérnagas o de los tritones negros que llegaban de noche a la playa. Por eso cada vez hablábamos menos y Joselito amenazaba entre dientes con escaparse lejos de allí.

Aquel verano fue cayendo derretido por el calor, y nosotros seguimos pasando las sobremesas echando miguitas de magdalena a las hormigas y nadando hasta el agotamiento en la playa por las tardes. Los días eran más aburridos si la soñadora no venía a sentarse en el filo de la mesa. Joselito se dedicaba a quemar el envoltorio de los dulces con el mechero de mamá y bombardeaba la fila de hormigas. Nos reíamos un montón cuando el plástico derretido les salpicaba las patas y andaban dando saltitos, pero yo tenía debilidad por nuestra preferida cuando contemplaba el mar. Si alguna hormiga quedaba plastificada yo regañaba a Joselito, ¿y si era ella? Qué va, estará escaqueada en el hormiguero. Entonces yo me fijaba bien y no, no era ella, no tenía los hombros caídos bajo un peso invisible.

Algunas tardes parecía más alegre y nos miraba divertida. Sabía algo que nosotros desconocíamos. Por más que mirábamos al mar, intentando seguir su mirada, no descubríamos nada. Ella parecía saludar a alguien a lo lejos con los brazos, los levantaba y bajaba estirados a los lados, como en una tabla de gimnasia, arriba y abajo. Se insinuaba una sonrisa en su rostro de hierro fundido y sus antenas parecían decir ya veréis, ya veréis. Joselito decía que no, que esa hormiga estaba loca y tan sólo se estaba ganando una colleja de la reina. Yo le decía que la reina no daba collejas, sino diplomas, como el de bachiller que le dieron al primo

Luismi el verano anterior, que venía firmado por el rey. Ya se fue a la universidad, quillo, ya mismo me iré yo. Y miraba al mar con la mirada soñadora que debía tener la hormiga, y yo le miraba preguntándome si cuando él se fuera yo le acompañaría.

La tarde en que en la telenovela se murió alguien y mamá lloraba entre hipos, sonándose y mandándonos callar, fue la tarde en que la hormiga se fue. Llegó como tantas tardes a sentarse en el filo de la mesa. Esta vez erguida y con las antenas altivas. Se pavoneaba ante nuestras miradas divertidas y expectantes. Joselito chistó y yo comprendí. Extendió los brazos y lentamente, de su espalda se fueron desplegando dos pares de hermosas alas transparentes. Es una alúa, quillo; exclamó susurrando Joselito. Sí, quillo; contesté yo.

Al principio con suavidad y luego con fuerza empezó a agitarlas. Sin mirarnos siquiera o un simple saludo con la mano, se dejó caer y se fue. Sin más.

Desde entonces hasta el final del verano Joselito no volvió a bombardear la fila de hormigas, tan sólo miraba el mar como si llevara una carga invisible en los hombros.

La promesa

Tengo que decirte algo, me dijo Carlota. Yo no pregunté, me eché hacia atrás en la silla y me puse la mano en la barbilla. Ella tenía que decirme algo. Podía haberle preguntado por su día de trabajo, por la inflación, o por la lluvia que ralentizó el tráfico por la tarde; podía haber intentado retrasar que me dijera algo. Pero me limité a callar.

Una frase con el miedo prendido en cada sílaba; tengo que decirte algo: ¿recuerdas que prometimos no mentirnos si ocurría?, me dijo entonces y yo lamenté no haber preguntado por el nuevo restaurante italiano, me miró fijamente mientras yo permanecía callado. Ella calló también, bajó la vista y chasqueó las uñas: corazón contra pulgar.

¿Carlota?

¿Lo recuerdas?

¿Qué me quieres decir que tanto te cuesta?

¿Por qué no me dejas que te lo diga a mi modo?

¿Ya no puedes contármelo todo, acaso algo ha cambiado?

¿Morirías si dejaras de preguntar?

¿No son nuestras vidas enormes preguntas en tiempos de guerra?

Suspiró agotada, como si hubiera sido un último sprint, un esfuerzo vano.

¿No vas a decirme nada más?

Silencio.

¿Carlota?

No podía moverme, me miré las piernas paralizadas y vi aquello que debía ser sangre, ¿era mía o de ella? ¿De am-

bos? ¿De aquél que era nosotros? El beige de las paredes se licuó y me asfixiaba, y oí la voz de Carlota, de la Carlota que reía en la cama conmigo, la que devolvió la belleza a mi vida, aquella voz alegre diciéndome que jamás pasaría: (soavemente) nunca lo dejaremos morir, ¿verdad? (presto, prestissimo), jamás. Lo tuve claro: la sangrante era mi promesa, yo la había asesinado, era yo, no Carlota, el que tenía que decir algo.

Carlota, tengo que decirte algo.

Ella se levantó, lo sabía, dijo, y se puso a llorar. Con una mano en la cara, la otra apartando sillas y obstáculos invisibles, se fue dando un portazo. Un punto y final.

Me tumbé en el suelo, la cabeza latiendo, el corazón desorientado. Debajo del sofá había una nube de pelusa escondida, me ofendió su cinismo voyeur y me incomodó mi pudor infantil. La mano bajo la barbilla se dormía, sentía la calidez de la sangre derramada, intenté recordar los tiempos perdidos y me dormí con una extraña paz.

Cinco historias

Podría contar tres historias. La primera se titula «Aparición», y trata de una tarde luminosa en una playa en la que juegan niños y adultos. Es una playa pequeña, una hermosa calita que se va emponzoñando de humanidad conforme el sol la va quemando. El mar apenas se oye, hay una polifonía constante de vehículos en la carretera cercana y un alboroto festivo que lo anulan. De repente, de detrás de una roca que hay junto a la carretera, aparece un toro. Negro y soberbio. Majestuoso en su fiereza se para en seco, como una estatua: un homenaje escultórico a la fuerza animal. La cabeza levantada a poniente, los cuernos desafiantes, ojos insondables. Se diría que busca algo con el olfato. Los que lo ven, es decir, todos los que jugaban en la playa, toman aliento y abren la boca, mudos, sin palabras para entender. Hay un mecer de sombrillas y un flamear de toallas: tan sólo ambientación. Nadie se mueve, esperan la resolución del destino —la cara o la cruz de la moneda que viaja por el aire—, como si no necesitaran hacer nada más que permanecer allí helados para justificar su presencia en la escena. El olor a sal y yodo parece hechizar al toro, inunda unos pulmones desacostumbrados y le hace resoplar. Después de un instante enorme —laberinto de segundos inflamados—, después de un instante que pareció otra cosa más larga que un instante, se rompe el encanto, el toro se da la vuelta y se va por donde vino, y un griterío eufórico y asombrado celebra la visita.

La segunda historia se llama «El accidente». Empieza en un camión que conduce Joao, un portugués de treinta y

seis años, que tiene cara de niño pero calza un cuarenta y cuatro. Le gusta silbar las canciones que suenan por la radio. Si contara esta historia diría que la canción que sonaba en el momento del accidente era «Dime A», de Kiko Veneno, pero en realidad escuchaba —silbaba— un fado que no conozco. No le dio tiempo a reaccionar y el camión se le fue de las manos, como si entreabriera los dedos y una mariposa escapara, y él manoteara para volver a atraparla consiguiendo tan sólo animarla en el vuelo. Pero el camión ya estaba fuera de su alcance. Había reventado una rueda, la segunda de la derecha, esa que Antonio le había dicho que vigilara, «ojito con esa rueda, Joao, que está pidiendo el retiro», eso le había dicho, pero Joao tenía cara de niño y tan sólo le había sonreído. Para eso estaba él, para gastarse medio jornal en una rueda. El camión se deslizó por la carretera como el niño que Joao fue una vez y patinaba por los pasillos de los centros comerciales. Mira como patino, mamá, mira el camión cómo patina. Acabó estampándose contra la roca del acantilado. Hubo un tronar de chatarra, una lluvia de cristal hecho añicos y un penetrante olor a caucho quemado. Menos mal que no cayó al mar. Joao rezó una vieja oración gastada y se persignó tres veces sobre el corazón. Luego se acordó de su madre y le dieron ganas de llorar. «No patines, Joao, que te vas a romper algo». El portón de atrás se abrió de par en par y la carga se escapó.

La tercera historia que podría contar no tiene título, me gustaba «El sueño», o «El soñador», otros se decantan por «El mar», pero en realidad no tiene título. Tampoco tiene comienzo, porque no hay indicios que apunten dónde empieza. Mantecao es un toro y no sabe quién le habló del mar, era un recuerdo medio olvidado, o una intuición mal atrapada. No sabe; normal, no es más que un toro. Él sabe de cornadas, de mirar con furia y de bufar la tierra. Para eso se entrenó desde que era un eral. Cuando por fin lo eligieron para ser sacrificado en el templo por el sacerdote ama-